

## PRECIO EN MADRID.

Por un mes..... 1 Pesetas  
 Por tres meses..... 3 »

## ADVERTENCIAS.

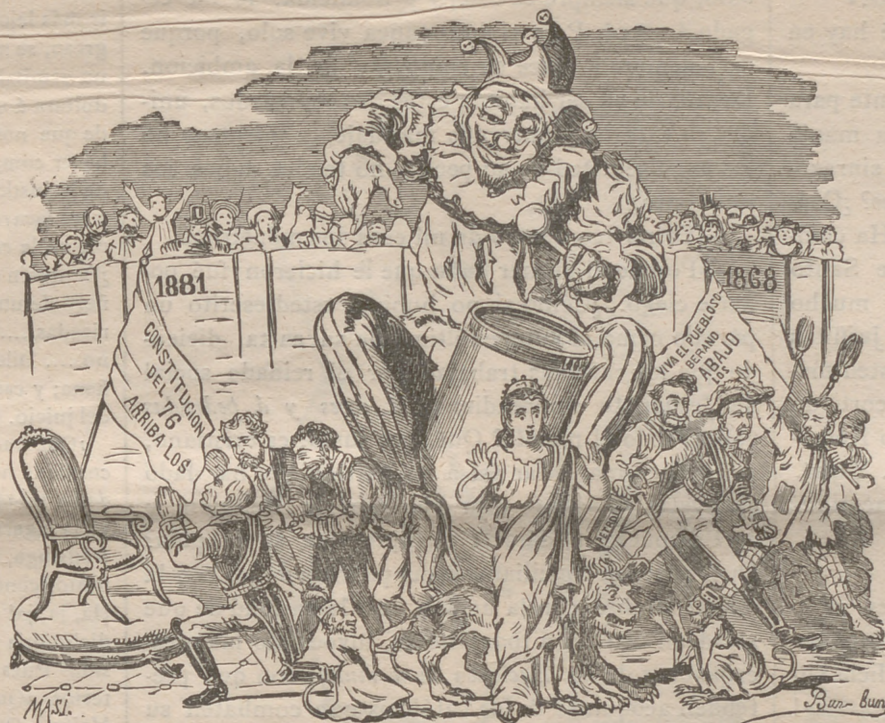
La mayor desgracia de la revolucion consiste en que RIGOLETO visitará al público seis veces al mes.

La manera ménos sensible de hacer la suscripcion es anticipando su pago, en libranzas ó sellos de correos, no respondiéndose de éstos si no viene certificada la carta.

Se traspan los porrazos patrióticos y las sobas de tolerancia.

Número atrasado: 25 céntimos

NÚMERO SUELTO EN MADRID: 10 CÉNTIMOS.



## PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses..... 3 Peseta  
 Valiéndose de comisionados... 3,50 »

## Extranjero y Ultramar.

Por tres meses..... 7,50 »  
 Filipinas, un año..... 35 »

## NOTA.

La palabra *progresista* colocada á la cabeza de este periódico, da la medida de la fuerza de su color.

## REDACCION Y ADMINISTRACION,

FLOR BAJA, 13, PRINCIPAL.

ADMINISTRADOR: D. ESTÉBAN LOPEZ

Número atrasado: 25 céntimos

NÚMERO SUELTO EN MADRID: 10 CÉNTIMOS.

# RIGOLETO

PERIÓDICO PROGRESISTA.

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 5, 10, 15, 20 Y 25 DE CADA MES.

## VADE RETRO

—Señor D. Alejandro, Sr. D. Alejandro, llame usted á su médico de cabecera, porque está usted muy malito, muy malito....

—¿Quién? ¿yo?

—Sí: de la cabeza, del estómago, de la lengua... de todo.... Necesita usted hacer uso de los catárticos y de las lavativas.... ¡Un médico para don Alejandro, que se va por la postal!

—¿Y quién le dice á usted que eso es verdad, bufonazo de todos los diablos?

—¿Quién? Usted mismo, Sr. D. Alejandro. Usted que «cree algunas veces que ESTÁ LOCO Ó QUE DELIRA». Usted que ha escrito al Sr. Moyano una carta como no puede escribirla un hombre sano.

—¡Ya! ¿Les ha escocido mi carta á los carlistas? Pues para eso se escribió. Y si les pica, que se rasquen.

—Así lo haremos, puesto que cree usted que produce los mismos efectos que la sarna. Pero, ó mucho me engaño, ó esa carta, en vez de daño, ha de causarnos provecho.

—¿Por qué?

—Porque le pinta á usted tal y como es, ó tal y como le formó la mesticería. Vano, arrogante, simplon, progresista, católico liberal y ultramontano de guardarropía. En ella enseña usted demasiado la punta de la oreja, que es una señora oreja de anti-papa, y va usted á recibir cada sofoquin, que no va á haber por donde agarrarlo.

—¿Leoncitos á mí? Que vengan todos los carlistas juntos ó separados, á pié ó á caballo, con armas ó sin ellas, y se verá que los degüello en un santiamen con el bien templado hierro de mi palabra.

—No la eche usted de militar, que está mejor de paisano; y guarde el lanzon de marras para empresas más altas. Lo que usted y sus aprendices harán con los carlistas, nunca pasará de ser lo mismo que dicen que hizo un personaje mestizo conocido en el mundo por el nombre de Cascaciruelas.

—¡Qué horrible insulto! ¡Compararme á mí con Cascaciruelas! A ver, que se llame al conde de Canga Arguelles, para que diga, bajo su fé de teólogo definidor de la casa de Astrarena, si ese len-

guaje está en consonancia con las prescripciones de la Encíclica de Su Santidad.

—Deje usted al conde teólogo en paz y en posesion de los bienes que fueron del convento de *Gilitos del Angel* de Alcalá de Henares, y no hable usted de la Encíclica sin enjuagarse antes la boca, porque ese documento le coge de medio á medio.

—¿Cómo?

—¡Comiendo.... ¡Hombre! Ha sido mucha ocurrencia dirigir á D. Cláudio Moyano una carta para elogiar los grandes merecimientos del Reverendo Padre Zeferino, Arzobispo de Sevilla.

—¿Qué tiene eso de particular? El Sr. Moyano es....

—Ya lo sé: el Sr. Moyano.

—Un católico á macha y martillo, un hombre de grande ilustracion, un político consecuente....

—En el error. Como católico ya hizo sus pruebas, secularizando la enseñanza y derribando algunos conventos; pero esto no debe parecerle á usted mucho, porque tiene más cerca de sí á los que los compraron.

—¡Exageraciones! Insultos de esa feroz intransigencia carlista, sostenida por adversarios ruines y envidiosos.

—Así nos llama usted en su carta. «Adversarios ruines y envidiosos.» ¿Y todo, por qué? Porque nos hemos negado á reconocerle como restaurador de las letras y de la Religion.

—¿Pretendo yo ser eso?

—No pretende otra cosa. Y si no recuerde usted este parrafillo de su carta al Sr. D. Cláudio.—«Tres recepciones académicas—dice usted—acaban de tener lugar en pocos dias en España, las tres de escritores católicos, pertenecientes á la Union, y los tres originarios de Asturias, ese país que parece llamado á ser el restaurador de las letras, como lo fué de la Monarquía y de la pátria españolas.»

—¿Y qué quiere usted decir con eso?

—Que dos de esas recepciones fueron las de los Sres. Padre Zeferino y Menendez Pelayo, y la tercera fué la de usted; de donde infero que ha usurpado á su abuela el derecho de suponerle restaurador de las letras.

—Pero ¿no ha visto usted en el párrafo siguiente que [hago excepcion de mi persona y dejo toda esa

gloria para aquellos dos exclarecidos hijos de Asturias?

—Lo he visto; y sin embargo, la salvedad atenúa poco la arrogancia del concepto anterior. ¿Cree usted que por haber entrado en la Academia de la lengua tiene facha de restaurador de las letras españolas? ¿Cree usted que por llamarnos ruines y envidiosos á los carlistas, es usted un grande hombre? ¿Y cree usted que para elogiar al Padre Zeferino y al Sr. Menendez Pelayo como se merecen, es indispensable insultar á los tradicionalistas como no se merecen?

—Yo no los insulto, los juzgo.

—¿Y quién le ha hecho á usted su juez? ¿Ni cómo podrá ser juez el que llama á los reos «ruines y envidiosos» adversarios?

—Yo no he hecho eso.

—Eso y mucho más. Elogiando el discurso del Padre Zeferino, dice usted: «Allí no se ve el lugar comun, ni la acusacion vocinglera, ni la intransigencia feroz de los que con exageraciones y anatemas quieren erigirse en maestros, encubriendo con insidiosas acusaciones su falta de saber ó de entendimiento». Y todo esto lo dice usted por nosotros, que para usted, por lo visto, no somos más que unos burros, con una sesera tan reducida como la de un mosquito. ¡Y si los insultos se quedaran en esto! Pero además nos llama venales y mercachifles, y sacude al venerable Clero una felpa digna de un progresista cerrado.

—Eso no es verdad.

—Lea usted lo que ha escrito, y estremézcase un poco. Encomiando al Reverendo Padre Zeferino, dice usted:—«Sí, ahí está: ese es el verdadero representante del Clero español, del Episcopado y doctorado de Trento, no los que, bajo la fé de un *gacillero venal*, suscriben todas las inepcias que la codicia sugiere á una empresa más comercial que religiosa contra todo lo que no refluje á su caja. ¡Enemigos de nuestra religion, adversarios de nuestra fé, este es vuestro verdadero contrario, estudiadle bien para combatirle, fijáos bien en él para descubrir los flacos de nuestra coraza, y apartad la vista por Dios (y no los recordeis para juzgarnos), de esos que parecen haberse propuesto JUSTIFICAR todas vuestras acusaciones, presentándose ante vosotros

tales como vosotros los necesitáis, para DESACREDITAR SU SACROSANTO MINISTERIO!»

—Y bien, eso es lo que he escrito. ¿Qué hay en ello de extraordinario?

—En ello no hay más que ponzoña bastante para envenenar á medio mundo. Tiene usted la manía de llamar á todos los que impugnan sus sinrazones «gacetilleros venales». Y usted, ¿qué es? ¿Cuáles son los frutos de su entendimiento? Ha compuesto usted una obra sobre la filosofía de Santo Tomás; pero no es un arco de romanos, ni mucho ménos. Ha escrito usted un folleto sobre los Jesuitas que no vale un rábano, y ha pronunciado usted media docena de discursos campanudos, del corte de los de Romero Robledo, Gullon y Navarro Rodrigo, consiguiendo que le nombren académico. Y qué, ¿basta eso para calificar á los demás de «gacetilleros venales»?

—Ellos se tienen la culpa.

—¡Porque no se postran á sus piés! Pues, ¿y lo que dice usted del Episcopado y del Clero? ¡Suponer que «suscriben todas las inepcias que la codicia sugiere á empresas más comerciales que religiosas»! ¡Suponer que se han propuesto justificar todas las acusaciones de los enemigos de nuestra Religión! Suponer esto de los venerables Obispos de Osma y de Daulia, comprendidos en el anatema, de Sacerdotes tan sábios y esclarecidos como el Padre Fonseca, el Padre Planas, el Padre Malo, el Sr. Mateos Gago, y....

—¿Se quiere usted callar? Yo no he aludido á nadie en particular.

—Es verdad, porque los ha aludido á todos. Pues ¿y qué diremos de sus pretensiones de reformador de la Religión? Vamos, que en este punto ha estado usted sublime, porque ha rayado á la altura de los liberales más descocados.

—Hágamelo usted bueno.

—Allá voy. Usted ha escrito y publicado bajo su firma estos párrafos:—«Entre la Religión santa, amorosa, sublime, que ha iluminado la frente del génio, ha ablandado el corazón del poderoso, ha enaltecido la miseria del pobre y consolado sus dolores y resplandece en el discurso del Arzobispo de Sevilla, y esa otra religión contrahecha, llena de temores y despechos, hija del cálculo y de la pasión, enemiga de toda investigación intelectual, anatematizadora de todo progreso, que sólo favorece el despotismo en el trono y la rebelión en el santuario, respirando ódios, recelos, suspicacias, valiéndose de la injuria y la calumnia, hay la misma diferencia, ¿qué digo la misma? hay más, muchísima más, que entre la verdadera Religión y algunas otras escuelas indiferentes ó contrarias. De las unas se diferencia tanto como el justo del publicano, de la otra como del repugnante fariseo.» Esto ha escrito usted.

—¿Y qué hay en ello de censurable?

—Todo, desde el lenguaje, que es progresista de abolengo, hasta el fondo, que parece extraído de cualquiera disertación luterana ó calvinista. Todos los cismas han hablado ese lenguaje. Todas las herejías se han servido de él para degollar á los religiosos, usurpar á la Iglesia su propiedad y derribar tronos seculares. ¿Quién no recuerda haberle oído millares de veces entre el fragor de las luchas político-religiosas? Todos los partidos revolucionarios han tronado siempre contra esa Religión «enemiga de toda investigación intelectual, anatematizadora de todo progreso, que sólo favorece el despotismo en el trono y la rebelión en el santuario....» Con esas acusaciones falsas y calumniosas se han coonestado todos los crímenes, todos los sacrilegios, todas las infamias perpetradas contra la Iglesia. Y al oírse las á usted repetir, figúrase uno tener delante á cualquiera de los sayones que flagelan de nuevo á la divina Esposa del Cordero.

—Yo tengo hechas mis pruebas y notorio es que no soy progresista.

—¿Qué sabe usted de eso? Cuando la vanidad y la soberbia se enseñorean del corazón del hombre, adormécenle como el ópio y le embotan hasta el

punto de no poder darse cuenta de lo que siente. El ódio, que siempre es estéril y homicida, le ha cegado á usted. Pero el odio nunca vive solo, porque casi siempre lo hace en compañía de la ambición. Dentro de su sér habitan estos dos monstruos, unidos en extraño y horrendo maridaje, y mientras no los expulse usted de su pecho, no tendrá sanos los pulmones.

—Yo no veo dentro de mí esos dos monstruos.

—Porque el primer daño que le hicieron fué ponerle ciego. ¿Cómo si no hubiera usted escrito un párrafo como el antepenúltimo de su carta, diciendo que los carlistas trabajan por el reinado social de Jesucristo emprendiendo á coces y á pedradas contra todo el mundo? Qué, ¿es justo, es cristiano, es católico maltratar así á un partido que ha dado cien veces su sangre y su vida por la Religión, y está dispuesto á dársela siempre que se la pida? Qué, ¿pueden conciliarse estas provocaciones con la mansedumbre, con la unción, con la caridad de que alardean ustedes á todas horas, invocando las prescripciones de la *Encíclica Cum multa*, con que pretenden acoquinar á los católicos que combaten su hipocresía farisáica? Qué, ¿será lícito después de estas manifestaciones de desden insultante, de menosprecio y de cólera que nos hablen ustedes todavía de unión y de concordia, de contubernios que se oponen á todo orden natural, de transacciones y componendas que repugnan á la buena fé y á la hombría de bien? No, Sr. D. Alejandro, cada oveja con su pareja: ustedes á su camino, y nosotros al nuestro. Hemos conocido al diablo bajo su disfraz de caballero, y le hacemos la cruz. *Vade retro.*

#### MONÓLOGO

¡Qué hermoso es el oficio de ministro! (*Le sirven el chocolate.*) De ministro de un rey constitucional, se entiende; porque el oficio de ministro republicano tiene sus quebras. En cualquier *jollin* le pueden retorcer á uno el pescuezo; pero siendo ministro de un rey constitucional casi está á cubierto de *jollines*. (*Se toma el primer bollo con el chocolate y la emprende con el segundo.*) ¿Qué tengo yo que hacer hoy?—Nada. Dar una vuelta por el ministerio para firmar algunas panzas de burra. Dar otra vueltecita por el Senado y el Congreso para contestar á algunas preguntas de senadores y diputados díscolos ó camorristas y á la noche asistir á la gran comida que se da en Palacio.... (*La emprende con el tercer bollo.*) ¡Qué suntuosas, qué admirables son las fiestas de Palacio! Allí todo es grande, portentoso, régio. Los mejores cocineros del mundo: un servicio al pelo: un aquel como no se ve en ninguna parte. Hasta Gamazo y Gullon, que no saben lo que hacerse de los brazos cuando están en visita, están allí embobados. (*Se come el cuarto bollo y pide otros cuatro.*) Hoy saco apetito de la cama: desde que empecé á *ministrar* me sucede esto con frecuencia: y es el oficio, el oficio, que vence al desgano y abre el apetito mejor que el agenjo. (*Pausa. Embaula el sétimo bollo y apura la jicara de un sorbo, limpiándose la boca con el envés de la mano.*)

Retebien. ¡Ahora un veguero de la preciosa Antilla (*Le enciende*)! ¡Qué rico es! Hijo legítimo de la *vuelta de Abajo* y regalo de nuestro gracioso soberano, como diría Sardoal.—Me siento feliz. Creo que hasta me he rejuvenecido. (*Se mira á un espejo.*) Si: me parece que estoy menos feo que de costumbre y que empiezo á tener otra vez como en mis verdes sangre en el ojo. ¡Ejem! Vamos, que todavía estoy pasable. ¡Yo no soy muy viejo que digamos! La edad de Martos; y con este airecillo de ministro y un poco de esmero en la *toilette* puedo presentarme en cualquier *jolgorio*. (*Toma un bombon de una caja y se entretiene en masticarle.*) Pues volviendo á las fiestas de palacio, repito que allí estoy en mi elemento. ¡Qué cortesía, qué finura, qué galantería y qué agrado! ¿Cómo demonios he podido yo echarla tantos años de republicano, asistiendo á banquetes de diez y seis reales el cubierto y á almuerzos de dos pesetas, sin acordarme de estas pompas soberanas? En fin, más vale tarde que nunca. Cuando ménos me he anticipado á Martos, y esto prueba que tengo más honestidad y más gramática parda que él. (*Se toma otro bombon y vuelve al espejo fumando.*)

Vamos, vamos, que esta carita de pascua rebosa satisfacción. Noches pasadas la condesita de Pollo Crudo me miraba en los régios salones con unos ojillos... ¡Jel! ¡Jel! ¡Pues y cuando me llamaba, recalando la frase, ministro de la Gracia? Verdaderamente voy empezando á creer que tengo alguna. (*Pausa breve y otro bombon.*) Esos pícaros republicanos.... Me han declarado una guerra mortal. ¡Que haya sido yo correligionario de esos pelagatos que todavía

me llaman tú por tú, y pretenden hombrearse conmigo como si fuera un pincha-uvas de su calaña! El otro día sin ir más lejos, al ir á tomar mi carretela á la puerta del Congreso, se me presentó un hombronazo con más barbas que un ermitaño, y agarrándome de un brazo me pidió que indultara á un pariente suyo, reo de no sé qué delito, á título de que nos habíamos conocido en un club. Vaya usted á hacer comprender á esos hombres el concepto sacrosanto de la justicia y de la ley. Me libré de sus *añias* como pude, y mi lacayo no volverá á consentir que se me acerque nadie en la calle. (*Entra un criado y le presenta una tarjeta.*) ¿De quién es esto? ¡Ah! de Periquillo, un antiguo compañero de universidad, muy conocido por sus proezas de barricadas.... Estará muerto de hambre y querrá un destino.... Dile que estoy durmiendo todavía y que vuelva mañana; y cada vez que vuelva le dices lo mismo, hasta el día del juicio. (*Sale el criado y se toma otro bombon.*)

¿Qué trae la prensa? Aquí está el extracto de los periódicos de la noche hecho por mis oficiales. (*Toma un carton de un velador y se pone á repararle.*) ¡Lo de siempre! Esta vieja cigarra no sale de su eterna canción. ¡Que soy un tráfuga, un desertor, un liberal de pega! Cosas de ese tonto, conocido en el mundo profano por Gonzalez Fiori! ¡Ja, ja, ja! «Que fué republicano.» Ya lo sé. Pero ¿no he dicho una y cien veces que estoy arrepentido de haberlo sido? Pues de los arrepentidos es el usufructo de los ministerios. «Que soy más reaccionario que Alonso Martínez.» Mejor. «Que no acabo de plantear el jurado y el matrimonio civil.» Ya lo haré. Cuanto sea compatible con los deseos del poder moderador y con el brillo de la institución monárquica, me tendrá de su parte. Ante todo, y sobre todo, la monarquía, por quien siento un afecto que raya en fanatismo. A mí no me importa que se casen los hombres como los perros, ni que se los entierren como á los burros, ni que se los juzgue á trompa y talega, vamos al decir. Mientras no se atente contra la monarquía todo puede pasar, y lo mismo me pondré yo de rodillas ante un Obispo para recibir su bendición, que daré un abrazo al liberal que me pida la supresión de los Obispos. (*Toma otro bombon y se bebe un vaso de agua. Despues continúa leyendo.*)

¿Qué dice este periódico? ¡Miserable reptil! Habla de la cacería de Algete, y supone que me puse á medios pelos y que me metieron en un saco, desde donde llamaba de tú á todo bicho viviente. ¡Calumniadores! Ese Gullon tiene la culpa de todo. Es un progresista cerril que se ha empeñado en dar á la prensa una libertad que no se merece. Prepararé á Sagasta y al general, y en el primer Consejo de ministros me las entenderé con el cuarto poder. Voy á freir á los periódicos. Que me dejen á mí soltarles los tribunales, y ya verán lo que hago con ese poder de trapo que todo lo perturba. He sido del oficio y conozco todas las marrullas de esas clases de perdidos que se llaman periodistas. ¿No es horrible que los más imbéciles, los más ineptos y los más gárrulos tengan, por el mero hecho de publicar un periódico, facultad para poner vejigatorios en la epidermis de los hombres de bien? He de hacer un escabeche de periódicos como no se ha conocido. (*Llama con un timbre y pide á un criado dos copas de Jerez y unos bizcochos.*)

Pasemos la vida á tragos, y el que venga detrás que arree. Dicen que tenemos encima el diluvio; pero yo no veo más que diluvios de Jerez y de Champagne por todas partes. Tenemos ya casi completamente cortada *La Mano Negra* de Andalucía, y en Jerez se está empezando la siega por un procedimiento militar que no deja de tener *cachet*. El general es una perla. Cuando nosotros, hombres civiles, nos hallamos que se nos puede ahogar con un pelo, se presenta él con su garbo y su desparpajo de guerrero, hace crujir sus botas de montar y enseguida saca de ellas un recurso. Es el brazo más robusto del ministerio, y á veces no solo es su brazo, sino su pensamiento. ¡Qué pronto se le ocurrió convertir á los soldados en segadores! Y lo que digo yo algunas veces: si en vez de invertir á esos soldados en segar espigas de trigo se los emplease en segar cabezas de revoltosos y disidentes, España se quedaría como una balsa de aceite. Es necesario cerrar para siempre la era de los pronunciamientos y de las revoluciones. La monarquía ha traído la paz y la libertad. ¿Pues qué más se quiere? Que el país se muere de hambre, que los tributos son crecidos, que el ágio y la inmoralidad hacen de las suyas.... Y esto ¿no ha sucedido siempre? El defecto mayor de los españoles es quejarse de vicio y pedir gollerías. (*Un criado anuncia el almuerzo.*)

¡Santa palabra! Vamos á hacer por la vida. Así como así me sentía ya desfallecido. Órdenes para hoy (*el criado se inclina*). Como en palacio. Que esté limpio y corriente mi uniforme. A la salida del Congreso me vendré á emperifollar. Que se me perfume bien la camisa y la ropa blanca. Quiero oler bien. Y ahora vamos á reforzar con un tante en pié este cuerpecito que, por más que digan lo contrario malas lenguas, es una de las columnas más firmes de la monarquía, de la libertad y de la patria. (*Se va al comedor y almuerza como un ministro.*)

Cae el telon.

# RIGOLETO



Carga pesada

Lit Feijóo 3.

